

PENSAR CON LA PLUMA



El docto historiador alemán de la literatura clásica griega Wilamowitz-Moellendorf, al tratar de Plotino, cuyo estilo es de lo más enrevesado y confuso que cabe encontrar, dice así: «No hay que juzgar, según eso, su manera de escribir; como él no disputó durante su vida con sus amigos para enseñar, sino para inquirir, así lo hizo consigo mismo en sus disertaciones, que trazó sin intento alguno de publicarlas: piensa con la pluma.»

Pero es el caso que hay gente que, aunque publica lo que escribe, escribe, principalmente, para pensar. Y luego publica con una cierta conciencia de que, asistir a la elaboración del pensamiento ajeno, ver u oír a otro pensar, es el mejor modo de moverse a pensar por sí mismo.

Una de las más ingeniosas de las muchas ingeniosidades, ¡demasiado, acaso!, de Schopenhauer y de las que más se han citado—yo mismo varias veces—es aquella de dividir a los escritores en tres clases: los que escriben sin pensar, los que piensan para escribir y los que escriben porque han pensado. Falta, entre otras, acaso, otra clase, y es la de los que escriben o hablan para pensar, los que escriben pensando o piensan escribiendo, los que piensan con la pluma, que diría Wilamowitz-Moellendorf. Y a estos se les ve pensar cuando se les lee, o se les oye pensar cuando se les oye.

El pensamiento humano, verdaderamente humano, es algo social. El que de un modo o de otro no habla, no se comunica con sus semejantes, tampoco piensa. Un niño abandonado al nacer en una isla desierta de hombres, si pudiera vivir viviría no ya sin hablar, pero sin pensar, lo que se llama pensar. No pensaría más que piensa una vaca cuando pasta en una pradera. Su conciencia estaría siempre ocupada por la impresión inmediata de los sentidos o por las sensaciones que le viesesen de sus entrañas. Y esto no es pensar.

Se piensa con palabras o con otros signos de expresión—aquellos con que los sordomudos se comunican son en cierto modo también palabras, signos—y sin esos signos no se piensa. El que piensa a solas habla consigo mismo, se comunica a sí mismo sus propios pensamientos, se los expresa. Y el pensamiento no es tal mientras no es expresado. El impreso, la mera impresión, pasa a pensamiento en cuanto pasa a expresión. Y de aquí que, saber pensar, es saber expresarse, es saber hablar.

Pero hay quien nos da lo que ya tenía pensado o lo que le han dado pensado los demás, y hay quien piensa a nuestra pre-

sencia. Hay quien piensa con la lengua o con la pluma, según habla o escribe. Y oyéndole o leyéndole se asiste a ese tremendo trabajo del pensar, que es en el fondo el más trágico de todos los trabajos.

¿No os habéis fijado nunca en la tragedia que implica el estilo de ciertos escritores? Se les ve luchar a brazo partido con el pensamiento, se les ve buscar la expresión justa. Y esto entre alemanes es más frecuente, acaso porque les cuesta más pensar. Ahora recuerdo de dos: Federico Schlegel, el caudillo del romanticismo, y Hamann, el Mago del Norte.

De donde resulta que algunos que pasan por malos escritores, porque no nos dan un pensamiento ya hecho, perfectamente expresado, sino un pensamiento que se está haciendo, en expresión, son estupendos escritores y su estilo toda una tragedia.

La claridad no es siempre un mérito ni mucho menos. La claridad suele reflejar no pocas veces la rigidez de algo inmóvil. Lo que está en vertiginoso, en torbellinoso movimiento, no se ve muy claro. El pensamiento quieto, hecho, expresado, es mucho más claro que el pensamiento inquieto, que se está haciendo, en expresión, pero es menos vivo.

Muchas veces he dicho que en vez de que alguna vez se diga de mí «habla como un libro», prefiero que de alguno de mis libros, y a poder ser de todos, se diga: «habla como un hombre!» Y comprendo aquella arrogancia de Walt Whitman cuando al publicar uno de sus libros, decía: «el que toca esto, no toca un libro: toca un hombre». Pero aún más quisiera que al leer algo mío se dijese: «se le siente pensar!» Y he aquí por qué, de entre todos los elogios que a vuelta de muchas censuras—éstas mucho más que aquéllas—se le han dirigido a mi estilo, a mi manera de es-

cribir, ninguno he agradecido más que el de Ramón Pérez de Ayala, que vino una vez a decir eso, que se me sentía pensar al leerme.

Claro está que el pensamiento hecho, reproducido o repetido, expreso ya, puede ser mucho más exacto, más lógico, más útil, en fin, para ser aplicado, que el pensamiento que se hace, en formación, pero el uno es muerto y el otro vivo.

Sí: una máquina, un mecanismo cualquiera, puede, en un caso dado, sernos más útil que un hombre, que un organismo, pero aquélla es una máquina y éste es un hombre. Por mi parte prefiero un error vivo a una verdad muerta, si es que la verdad, cuan-

/ m



Pensar con la pluma. Miguel de Unamuno. El pensamiento.

PENSAR CON LA PLUMA



do es de veras verdadera, puede morir. Y añadido que hay errores muertos también. Pero el error vivo es siempre una verdad en formación, y la verdad muerta es algo que se está descomponiendo.

Alguna que otra vez recibo cartas de lectores en que me piden que les aclare algo mío que han leído. Y, o no les contesto, o de contestarles les digo: «vuelva a leerlo y piénselo; y si le da un sentido opuesto al que le di yo, mejor que mejor; será que mi pensamiento tiene, por lo menos, dos soluciones: la de usted y la mía».

Cuentan del gran poeta inglés Roberto Browning que, cuando viejo ya—vivió 77 años, de 1812 a 1889—le preguntaban qué había querido decir en alguno de los pasajes oscuros—y son muchos, hasta demasiados—de sus poemas, contestaba: «no lo recuerdo ya». ¿Y qué importaba lo que él había querido decir si el que los lee encuentra algún sentido en ellos o lo crea? Cien veces he dicho que no admito en todo caso la interpretación que un autor da de su propio escrito. El pensamiento, ya lo he dicho, es social, es colectivo y, una vez expresado, es de cualquiera que se apropie su expresión.

Y he aquí por qué les doy tan poca importancia a las contradicciones en que pueda incurrir un escritor. Que un hombre se contradiga consigo mismo—y pensar es hablarse—tiene tan poca importancia como que se estén contradiciendo dos o más hombres que mantengan un debate entre sí. Es más: si no se contradicen es que no debaten.

Como por mi parte no leo a aquellos escritores a que leo para tomarlos de autoridad, sino para que con su pensamiento me ayuden a pensar, me tiene sin cuidado que una vez digan una cosa y otra vez otra. No soy abogado que voy a buscar en las obras de los grandes pensadores sentencias de ningún Tribunal Supremo. Y si cito sus pensamientos es para que me ayuden en el mío, y ayuden en el suyo a mis lectores.

En general me gustan más las cosas que se están haciendo o las que se están deshaciendo, que las ya hechas, las épocas de ascenso y las de decadencia. Si es que hay algo que esté nunca hecho y en equilibrio. Y, sobre todo, prefiero, como lector, leer a los que piensan con la pluma que a los que escriben lo ya pensado.

Miguel de Unamuno.

...habla o escribe. Y se asiste a ese momento que es en el fondo el trabajo.
...nunca en la historia de ciertos escritores a brazo partido para buscar la expresión adecuada es tan difícil como la cuestión más profunda: Federico Schlegel, Hegelismo, y Hamano, etc.

...algunos que pasan porque no nos dan un perfecto y expeditivo que se está haciendo estrepitosamente una tragedia.
...siempre un mérito realidad suele reflejar en algo inmóvil. La so, en torbellinos muy clara. El pensamiento expresado, es mucho más inquieto, que expresión, pero es mo-

...cho que en mi de que le mi diablo como un de alguno de mi. Y de todas en mi. sombra. Y comprando Walt Whitman cuando sus libros decía. Mi ca un libro: toda las quisiera que al leer se le viene pensando de entre todas las de las muchas cosas de muchos—de la vida a una manera de agradecerlos con un Ave! que van con de los. Basta pensar

...que tanto hecho, reconocido ya, puede ser de legión, más fácil, en que el pensamiento es una cosa es uno es

...un organismo real. Cada vez más me parece un organismo, pero

